



# amarigo

OCTUBRE 1946 N.º 2

# El Imaginero de María

## Infancia. —

La casa de Maese Pablo, el picapedrero, es tosca, sobria, un poco lúgubre en la románica estolidez de sus piedras. Su abolengo se remonta a los años sin luz, sin historia ni vida. Diríase que se levantó sola o que la edificaron unos muertos extraños, de manos muy frías y corazones distantes.

Una puerta pequeña interrumpe el ritmo gris de la fachada. Es una puerta herrumbrosa, doliente de moho y de tiempo. Hay, también, un ventanuco cuadrado, muy alto, que mira a la plaza como el ojo de un cíclope.

Adentro, todo es sombra, incluso en el minúsculo patio, que se ahoga entre cuatro paredes.

Es triste, muy triste, la casa de maese Pablo, el picapedrero de la Catedral. Tiene sobre sí el penar de los años y de los hombres; el tiempo y la muerte se han apoyado en sus muros.

---

Hay un niño asomado a la ventana. Es pequeño, débil, escuálido. Su cabeza — inclinada como pálida flor de girasol — parece excesivo peso para el cuello que la sostiene. Los ojos son grandes, negros y profundos como dos nochejillas redondas. Hay en ellos una curiosidad inmensa. Parecen desconocerlo todo y, a la vez, desear fervientemente salir de esa ignorancia. Ojos inquietos de niño, ojos inocentes que no saben de mal ni de pena, pero que, por su desgracia, desean saber.

Por eso permanecen mañana y tarde inquiriendo el misterio de la vida. Se lo preguntan a los árboles de la plaza, a la gente de la aldea, a los peregrinos, al cielo y a la tierra.

---

Los días transcurren. Son días sin prisa, de horas tranquilas: estamos en una época en que el tiempo no corre, sino camina junto al hombre como su buen amigo.

Ha habido muchas ferias en la plaza, y pasaron múltiples y variados peregrinos, que besaron las piedras de la Catedral. Sobre esas, han sido puestas otras y otras, muchas más. Una torre comienza a destacarse en la fachada, como un brazo que se despereza lentamente.

Maese Pablo está orgulloso, feliz. El no ha puesto sino unos pocos bloques de granito, pero siente cual si la obra fuese toda suya. Porque cada sillar encaja a la perfección con los demás, sin resquicios ni prominencias que varíen el ritmo del conjunto.

Es bella la casa de Dios.

Y las almas de sus constructores, como las piedras del aparejo, forman un solo todo uniforme y sincero, sin hendiduras por donde pudiera colarse el frío.

---

Junto al pueblo, el río escurre lentamente sus aguas, sin prisa que perturbe la suave nitidez de sus ondas, sin barro que manche su pura transparencia.

Los años pasan, también, y son, como el río limpios y serenos.

El hijo de maese Pablo se hace mayor con el tiempo, y sus piernas se robustecen, aunque todo él sigue siendo un pálido y magro efebo. Ahora acostumbra recorrer calmadamente las calles de la aldea, dejando que sus ojos — siempre inquisitivos — rebusquen con fruición el panorama de la vida.

—Algo tiene ese muchacho — comentan algunos al verle pasar.

—Maese Pablo es demasiado complaciente con él.

—¿Trabaja en algo? ¿Le ayuda a su padre?

¡Cuántas conjeturas, cuánta inquietud! Se diría que todo el mundo no tiene otra preocupación que el hijo del picapedrero.

Sin embargo, él y su padre son dichosos, allá en la tosca vivienda de románica talla. Es que ellos saben que no conviene preguntar mucho a la Providencia y viven como hay que vivir.

---

Los monjes del convento son gente acogedora y sencilla. Hablando un día con uno, otro con otro, el hijo de maese Pablo ha cobrado afición a estos hombres buenotes, meditabundos, que le reciben con agrado en sus claustros.

Y son muchas las veces que la gran puerta de hierro se abre para dar pasc a su minúscula figura.

El muchacho va a menudo al convento, donde tiene buenos amigos. Fray Urbano es uno.

Fray Urbano es un hombrecillo alegre, generoso, que se pasa los días subido a un andamio pintando un gran fresco: la Sagrada Familia con San Esteban. Nunca se preocupó de si era un buen o un mal pintor. Mis pinceles — dice —, tienen algo que contar. Hablen bien o mal, yo los dejo hacer...”

Y ríe.

Fray Urbano ríe siempre, como si va en vida estuviese recibiendo el premio de su bondad. Más de una vez el Prior, hombre de grandes palabras, ha reconvenido por ello al fraile.

—Tentáis al Cielo con vuestra dicha irreverente. Recordad que los primeros serán los últimos...

---

Dos monjes charlan — con voces recatadas, tintas de sacristía — ante el inmenso fresco a medio hacer. Sus palabras son apasionadas, enérgicos los gestos.

San José — dice uno — es demasiado carpintero y muy poco santo. No basta la aureola...

—¡Oh, pero mirad los ojos! — obieta el otro —. Decidme si no hay bondad y hasta misticismo en ellos, decidme si no es legible allí toda la vida del manso varón.

—Pero el Santo debe serlo íntegramente.

—Los ojos, hermano, son las ventanas del alma.

—Mas, la casa del Señor no se reconoce sólo por las ventanas.

Son muy agudos los monjes. Demasiado para el San José bonachón y rústico del fresco. El no comprendería tanta sutileza. Este San José — pintado por la mano regordeta de Fray Urbano — era un hombre cándido, sencillote, que se va a sentir muy pecca cosa cuando, en las soleadas veredas del cielo, pasen junto a él las almas de estos doctores de la Iglesia.

---

Cuando llueve, la cornisa deja escurrir largos, atormentados goterones que descienden, retornando las juntas de los románicos sillares, hasta el suelo encharcado de la calle. Su caer es constante, monótono, lento, como el correr de las horas y los días.

Hay una vaga tristeza en el ambiente.

De cuando en cuando, un chapoteo de zuecos se acerca, resuena sobre las piedras y se aleja hasta desaparecer.

A la hora del Angelus, casi junto con las campanadas, se escucha el paso débil del hijo del picapedrero, que vuelve de la Abadía. La puerta gigante se abre — chillona — para dar paso a la diminuta figura. Nuevo crujir de goznes y la puerta se cierra.

Así diariamente, durante todo el invierno.

---

#### Adolescencia. —

El hijo del picapedrero ha cambiado. La vida va enseñándole cosas nuevas, cosas que despiertan en él un profundo interés.

Un día, por ejemplo, descubrió un bosquecillo ubicado a cierta distancia de la aldea. Era fresco, verde, y estaba constantemente alegrado por el canto de unas aves que nunca se podían ver. Si uno se internara hasta el centro, encontraría una pequeña laguna en la que flotaba un inmenso nenúfar blanco.

El muchacho se dijo que, sin duda, ésa era la fuente encantada del caballero Reinaldos, y gustaba de permanecer sentado a la orilla, dejando divagar su mente inquieta.

Soñaba despierto, el hijo del picapedrero.

Soñaba con hadas, y con santos, y con bellos milagros. Todo, en sus imaginaciones, era bueno, hermoso, agradable, porque su mente no tenía cabida para el mal.

---

Noche. El hijo del picapedrero ha salido a vagar, y toda su enteca estampa se ha bañado en luna de plata. Una sombra delgaducha y larga le precede en el sendero.

Sobre los charcos del llano hay un coquetear de luces azules; luces que son como muchachas vestidas de fiesta.

De uno y otro lado de un soto, dos sombras dialogan. Una es sombra de mancebo. Sombra de mujer es la otra.

Noche.

¿Qué extraña, alegre inquietud es ésta? El hijo de maese Pablo no comprende qué siente dentro de sí. Es como si en su alma se mezclaran silencio, luna y destellos, como si la brisa nocturna le cosquilleara el corazón.

¿Qué sucede? ¿Qué oscuro milagro se hace vida en su espíritu?

No hay respuesta en la noche.

Tan sólo las luces de los charcos, plata de luna, y una sombra delgaducha y larga precediendo, remedando sus pasos.

---

Feria. La plaza pulula de mercantes: los unos venden holandas, los otros, tapices y cueros; algunos compran jubones, otros sombreros y calzas.

Feria.

En la feria hay un juglar vestido de rojo y verde. Las mozas se juntan a su alrededor, como palomas. Él las distrae con poemas, cabriolas y adivinanzas.

“Dama vestida de negro,  
negro como obscuridad,  
(lleva pechera de plata)  
decidme, pues, ¿quién será?”

Hay un griterío alegre, una dichosa algazara junto al trovador. Y los vestidos de fiesta — rojo, amarillo, verde limón — se abren y giran como abanicos, danzando, agitándose, corriendo...

Feria.

Matronas que compran dijes, ancianos que beben a la sombra de una tienda, mezalbetes que prueban su destreza ante las novias.

Feria... danza loca de colores y de voces, mercantes dicharacheros, asnos cansados y grises... fiesta...

Eso es la feria.

---

La plaza del pueblo es sencilla, agradable. Los feriantes no comprenden su hermosura, y se limitan a encontrarla demasiado pequeña.

—No se puede hacer nada en ella — dicen, con sus grandes voces sonoras—. Y agregan riendo: —Hay que vender el trigo grano por grano.

Los de la aldea se sienten un poco humillados con esto, y más de una vez se ha pensado en agrandarla.

Pero la plaza, así, estrecha y reducida, tiene el encanto de un patio. Un patio de todos y para todos, donde juegan los niños, charlan los hombres y las mozas pasean con sus mozos.

El Prior ha dicho: “Levantemos bien alto la Casa del Señor, pero dejemos ante ella, humilde y recogido, el lugar de nuestro solaz...”

Con lo cual todo el mundo queda conforme, pues el Prior es hombre sabio y de bella palabra.

---

Fray Urbano se agitó mucho en la Feria. Compró ingredientes nuevos para sus pinturas, se divirtió con los juglares, conversó con los viajeros que venían de lejanas tierras. Rió, habló interminablemente.

Su cara regordeta se veía más sonrosada y alegre que nunca.

No obstante, un día amaneció muerto. Lo encontraron en su duro jergón, con las manos plácidas y la expresión serena. Un rayo de luz le caía sobre el rostro y proyectaba caricaturescamente su perfil sobre el lecho. Movía casi a risa el verlo.

¡Qué áridos y ajenos sonaron aquella mañana los latines mortuorios del Prior!

El hijo del picapedrero se ha sentido muy solo estos días. Ya no son sus amigos el río, el camino, el bosque encantado del nenúfar blanco. Ya las nubes no le hablan en su lenguaje de sueño.

Todo ha cambiado ahora.

Parecen más huecas y solas las alamedas, parece más turbia y fría el agua del río. Es como si el alma del paisaje no estuviera aquí, sino en una ignota región etérea.

“Tal vez, piensa el muchacho, era la magia de Fray Urbano lo que daba encanto a todo esto...”

Y a veces, solitario, silencioso, se arrodilla en un rincón del bosque. Ora. Su plegaria — cual el sacrificio de Abel — sube, grácil y sencilla, hasta los pies del Señor.

“Dios mío, permite que vuelva a ser feliz. Tú lo puedes: dale vida a Fray Urbano y envíalo junto a mí. Haz que él alegre de nuevo mi existencia, que la torne útil y bella. Yo quiero pintar, pintar para Tu gloria, Señor, y me has quitado a mi maestro...”

---

El Señor hecho hombre tendió su mirada al mundo y nos dió Su mensaje: “Tened fe y moveréis montañas”, dijo.

Y la fe mueve montañas, porque la palabra divina nunca dice mentira.

El hijo del picapedrero no abrigaba duda en su corazón. Estaba seguro de que su plegaria sería oída y Fray Urbano volvería junto a él.

“Devuélveme, Señor, a mi maestro”.

A cada instante le parecía verlo, al doblar una avenida, bajo los olmos del parque, en el sendero del río.

Su esperanza era grande y profunda. Porque él no creía en un Dios terrible, inexorable, un Dios alto y duro como la Catedral, sino en un manso, bondadoso Ser Supremo. Un Dios amante y comprensivo, que supo del mundo porque fué hombre...

---

## El Milagro

El hijo de maese Pablo, sentado al borde de la fuente, mira su imagen en el agua. Imagen nítida y clara, porque el sol matinal la ilumina; atormentada imagen del que perdió su maestro.

Amanece.

La plaza tiene un místico encanto, bañada en la luz amarilla y sana del sol naciente. Los rayos trepan la fachada de la Catedral, se cuelan entre las ramas de los olmos, se revuelcan en el pasto. Parece como si todo sonriera con una alegría ingenua y generosa.

Un andar suave interrumpe el silencio. Avanza hacia la fuente, y a cada paso se oye crujir la arenilla del sendero. El muchacho — interrumpido en su meditación — levanta la mirada inquisitiva de sus ojos de noche.

Una mujer se aproxima. Es muy joven y muy bella, con el rostro iluminado de candor. Su cabello es rubio como trigo maduro, sus ojos azu-

ies tienen luz de cielo y profundidad de mar. El óvalo de su cara es suave, inmitablemente dulce y nermoso.

Viste de blanco.

El hijo del picapedrero se ha quedado mirándola mientras ella se acerca a la fuente, llena su cantaro y emprende el regreso. Hay una gracia honca y sutil en todo su ser, una gracia encicada, plena de reminiscencia.

Dos viejas se cruzan con la moza en el camino y la observan con sus ojos agudos.

—¡Linda muchacha! — comenta una.

—Es la nieta de maese Gaspar — dice la otra — el que vino a vender holandas a la feria.

Al llegar a la fuente, las mujeres se dan vuelta de nuevo.

—¡Es hermosa como una Virgen María!

El hijo del picapedrero se levanta y parte, sin saber hacia dónde. El sol de la mañana baña su rostro, como una bendición.

---

La gran puerta del convento se abre, dando paso al hijo del picapedrero, que penetra, silencioso, y atraviesa el patio y los claustros, hasta llegar ante el fresco de Fray Urbano. Allí están, inmensos, bondadosos, serenos, San José, San Esteban y Jesús joven, que es él mismo.

El muchacho los contempla, extático.

¿En qué piensa? ¿Qué misterioso postulado elabora su mente, tras el enigma de sus ojos negros?

Una respiración entrecortada lo agita, y el corazón le late, apresurado. Sin embargo, se diría una estatua, tal es la inmovilidad pétrea de su mirada.

Las horas pasan, y concluye la mañana. A mediodía, los frailes ven salir la figura enteca del mozo, que atraviesa los claustros, el patio y cruza la gran puerta para perderse en una alameda.

---

Al crepúsculo, arrodillado junto al charco del nenúfar blanco, el hijo del picapedrero oró largamente. Su plegaria iba dirigida a la Santa Virgen.

“Señora mía, yo soy débil, soy humano y deleznable. Yo no puedo edificar catedrales para ti, ni luchar contra los herejes. El cincel de mi padre es pesado y la piedra es dura para mis manos. No puedo enclaustrarme porque amo la libertad del monte, el río y la pradera.

“Yo no puedo hacer grandes cosas por ti.

“Pero en el convento, el fresco de Fray Urbano está inconcluso. Falta tu imagen, Señora, y yo quiero pintarla.

“Dame fuerza, dame luz, dame vida para ser tu Imaginero” .

Tienen un raro resonar las palabras en la solemnidad extática del bosque. Tienen un son profundo, esotérico y sereno, un son de cosa bruja y misteriosa.

---

Al siguiente día, el hijo del picapedrero volvió al convento y, atravesando de nuevo patio y claustros, llegó junto al fresco. Una suave luz matinal iluminaba la pequeña capilla.

El joven permaneció unos instantes indeciso. Cogió, luego, carbón y empezó a dibujar. Trazaba primero rasgos enérgicos, rápidos, ágiles. Parecía estar en éxtasis. A veces berraba, con un gesto de impaciencia, y corría aquí o allá.

A la hora de tercia, el diseño estuvo terminado: había llegado el tiempo de pintarlo.

Dos manos un poco inhábiles, pero no vacilantes, prepararon los colores. Una mano osada, cariñosa, los repartió sobre el muro. Había algo de unción devota, algo de ceremonia sacra en esta operación.

“Señora, yo quiero ser tu Imaginero”.

Había, también, una desesperada pertinacia, una fe ilimitada, un poderoso amor.

---

El cielo está triste, está triste la noche. La suave plata de la luna sueña, flotando en el río, y acaricia las hojas — muertas — en el suelo.

Otras hojas caen lentas, tristes, como manos plétóricas de un infinito desánimo.

Otoño...

Por la vereda, junto al río, avanza el hijo de maese Pablo. Un pincel tiembla en sus manos. Alegría honda le late en el corazón. Sus ojos se alzan al cielo y sus labios se entreabren:

“Gracias, Señora, por hacerme tu Imaginero”.

El viento canta suavemente entre los árboles, y a sus pies, el río se escurre, como una bella vida, lento, eglógico, sereno...

Guillermo Blanco Martínez

